

—¡Dios mío!... ¿Son ya las doce? ¿Llegó ya el momento en que yo me aleje, ¡ah! y quién sabe si para siempre, de esta mansión sosegada donde gocé de los dulces días de mi infancia, donde recibía de mis segundos padres esas caricias que sólo prodiga el amor paternal, de esas caricias inocentes, hechiceras, cuyo sólo recuerdo me encantaba y endulzaba los sinsabores de mi vida? ¡Castígame, Dios mío! por complacer á un amante que ciega he adorado, voy á amargar los últimos días de mis padres. ¿Qué digo amargar? voy á cortar el débil hilo que los une á su existencia.

—Señora, dijo Juana, el tiempo se pasa y un momento sólo de tardanza puede perdernos.

—¿Y temo yo perderme, si voy á perder mis padres idolatrados?

—Ni es vd. sola quien se perderá, ni es cierto que va á perder á sus padres; cuando las cosas hayan variado, dice D. Julio que volveremos, y vd. se unirá con él muy al gusto de mis amos; pero todas estas esperanzas acabarán si llegan á descubrir nuestros planes; entonces ni á vd. la dejarán que se case con D. Julio, y él... quién sabe qué suerte correrá.

—Dices bien, Juana: Julio está comprometido; yo le ofrecí partir con él, y es preciso cumplir mi palabra: partamos, sí, partamos.

Dijo Angela estas últimas palabras con la expresión que le arrancaba el sentimiento, tomó del brazo á Juana, y salieron en silencio de su cuarto, atravesaron de la misma manera el corredor y el patio, llegaron al zaguán que Juana tenía preparado y salieron á la calle. El cuerpo de Angela temblaba sin cesar, y un sudor frío bañaba su frente; el temor acompañaba hasta sus mismas miradas, el ruido que formaban sus piés al andar la espantaba y la hacía volver continuamente la cabeza hacia todas partes; con voz apagada, apenas podía hacer algunas preguntas á Juana, quien le respondía con la frialdad á que su alma estúpida estaba acostumbrada. Ya se acercan á la extremidad de la calle, distingue Angela un objeto en ella y algo se disipa el terror de que iba poseída; la idea de que Julio es quien la espera, le causa algún placer, y la confianza que le inspiraba era un motivo suficiente para tranquilizarse. Llegan por fin allá, habla ella la primera, va á disculparse de su tardanza, y un rayo cayó sobre su cabeza, y aniquiló hasta su último sueño de esperanza.

—¡No es Julio, gran Dios! exclama Angela en su arrebato de dolor. ¿Adónde me has conducido? ¡Pérfida! le dice á Juana que huía con precipitación á su casa. Hubiera querido seguirla, mas el hombre que había reputado por Julio, la tenía fuerte-

mente asida á su cuerpo, y le era imposible moverse.

—¡Por piedad! suélteme vd., le decía al que la detenía; éste con una voz ronca y sepulcral, que ella conoció al momento, le respondió fríamente:

—Angela, yo soy, no tema vd., respondo de su seguridad.

—¡Dios mío! es Robles. soy perdida, dijo Angela, y sus labios no pudieron decir más: cayó sin sentido en los mismos brazos de Robles. El bárbaro no teniendo consideración al estado desgraciado de Angela, la arrastra á poca distancia y monta en un caballo que para el efecto tenía prevenido, y se la lleva consigo. Ella apenas respiraba, su corazón latía lánguidamente en su pecho, que el dolor y la sorpresa tenían oprimido. ¡Ah! ¡cómo nos engañan las imágenes que formamos del placer! cuando ciegos volamos á tocarlas, vemos la terrible realidad; y cuando creemos elevarnos á la cumbre de la dicha, nos despeñamos en el hondo precipicio de la adversidad!

III.

El día se sucede á aquella noche, testigo de un suceso tan triste; el sol aparece sobre las montañas anunciando con su luz radiante y su fuego vivísimo, el poder y grandeza de su autor; la naturaleza toda pierde el

aire sombrío y melancólico que por todas partes respiraba, y vuelve á aparecer risueña y festiva como los días primeros de su infancia. El campo todo se presenta engalanado con las flores bellísimas que la tierra con su feracidad produce á millares; las ligeras nubecillas se alzan de la falda de las montañas, tiñéndose de diversos colores; unas presentan un color rojo cual si estuviesen preñadas de sangre; otras se ven blancas y refulgentes como la plata; y otras, en fin, tienen un color como el que presentan los campos en el otoño.

Mientras que la naturaleza va recobrando su esplendor y recibiendo nueva vida, el alma de Julio se entrega á las ideas desesperadas y violentas del que ha sido el ludibrio de la suerte. Había esperado, aunque en vano, á Angela, que no llegó; mas supuso que motivos particulares de su casa le habían impedido su salida. Al día siguiente quiere ver á Angela, y no lo consigue; espera á que Juana salga á la calle y le pregunta.

—¿Por qué no salió Angela anoche? me he esperado toda ella, y vds. no han parecido.

—Señor, le dijo Juana, fuí á su cuarto á la hora en que vd. me dijo, y no la encontré en él; hoy ha estado toda la familia con la mayor aflixión y buscándola por todas partes, aunque sin fruto alguno; porque, según parece, ha huido con el capitán,

quien también se ha ido en la noche sin avisarle á ninguno, y probablemente con la niña Angela.

—¡Cómo! ¿Angela ha huido con Robles? ¡Ingrata! ¡Así burló mi amor! pero no gozarán los pérfidos de su triunfo; volaré á encontrarlos, y vengaré en él mi furor, sí. Cuando ya no exista, cuando á pedazos haya arrancádole las entrañas, lo mostraré á Angela y le diré: Mira á tu padre mismo, mira al que fué tu amante, al que te ayudó á burlarme; sacia tu vista y tus deseos con la presa que te entrego. . . . ¡Miserable de mí! ¿Pienso manchar mis manos con la sangre del padre mismo de la mujer que adoré? No, jamás Julio se hará reo de tal crimen. Si el capitán hubiera sabido que era su hija Angela, quizá no la habría arrebatado de los brazos de su familia ni de los míos; yo soy el culpable. . . . Sí, iré á buscarlos, y le diré al capitán que Angela es su hija para que respete á la misma naturaleza, y acaso me deje gozar tranquilo de su amor; iré, sí, sí.

Dice y se aleja precipitadamente de Juana que se ha quedado sorprendida al escuchar que el capitán S. . . . era padre de Angela. Se había dejado seducir, aun con alguna anticipación, por el capitán, quien tenía determinado robar á Angela de su casa si no consentía en sus proposiciones y llegaba á desarmar á sus padres que estaban dispuestos á satisfacer sus deseos. ¡Pero

cuál fué su remordimiento al saber que el capitán no era, como ella había pensado, un simple amante de Angela! La perversidad de su corazón no llegaba hasta saber con tranquilidad que había sido el instrumento de tan horrible crimen.

Julio llegó á su casa sin hablar una palabra, monta en un caballo y se encamina en busca de los fugitivos; quiere informarse de si alguno los ha visto salir, y sabe que unos que vivían en la esquina de la calle real, han visto que un hombre á caballo, acompañado de otro, ha tomado á media noche el camino de Santa María Huiscisilapan. No duda tomar el mismo camino, llega al anochecer á dicho pueblo, que era muy miserable; multitud de chozas de paja y caña verde servían de habitación á los infelices indios que vivían en él: dos ó más casas fabricadas de piedra desde una muy remota antigüedad, eran los edificios más suntuosos, eran el ornamento de Santa María Huiscisilapan: allí, los que por casualidad llegaban, era en donde recibían hospitalidad. Julio estaba cansado de tan largo camino que había hecho, y su alma más que su cuerpo necesitaba de algún reposo. Atraviesa un bosque de encinos y árboles de diversas especies; sus espesas ramas se extendían majestuosas, y entretejidas formaban bóvedas que ocultaban la vista del cielo y respiraban frescura aun cuando el sol las hería sin cesar en el tiempo que du-

raba su carrera. Sobre ellas sus copas elevadas parecían tocar el cielo con sus extremidades, y el aroma que despedían embalsamaba suavemente el aire. El terreno era quebrado y riesgoso para los que no tenían algún conocimiento de él, pues por todas partes había precipicios que tenían hechos las cavidades profundas que el impetuoso curso de las aguas habían formado, arrastrando en su corriente la tierra que separaba y cuantos objetos se oponían á su marcha.

Llegó Julio á una de las casas que podían prestarle alguna comodidad: el dueño de ella era hombre complaciente y hospitalario: vivía con su mujer y sus hijos, aún pequeños, que hacían las delicias de su vida retirada. Su padre iba en algunas temporadas á disfrutar de la compañía de sus hijos y de la tranquilidad imperturbable de aquellos lugares (que lejos del bullicio de las ciudades populosas, parecían destinados á abrigar el reposo de que gozaban sus pocos habitantes) y entonces casualmente se hallaba allí: al ver á Julio lo reciben con agrado y le ofrecen el descanso y comodidades que les permitía su corta fortuna; Julio no puede menos que aceptar sus ofertas y enternecerse al ver la sencillez y el candor de aquellas buenas gentes. D. Antonio, que así se llamaba el padre de aquella pacífica familia, lleva á Julio á una pieza inmediata para que esté más desaho-

gado, y traba conversación con él. Tenía una chaqueta color de café, su calzón corto azul, medias blancas y zapatos bajos, sujetos con unas hebillas redondas de plata; sus cabellos blancos, como la escarcha del invierno, que recogidos con un listón negro, caían sobre sus espaldas, su frente rugosa, y la inclinación de su cuerpo, manifestaban claramente que muchas veces sobre su cabeza el sol había recorrido su órbita.

—Está vd. muy triste, le decía á Julio, y es raro, porque los jóvenes pocas veces sienten los males; es la edad más preciosa de la vida: en ella sólo habitan las ilusiones, y los pesares se borran con la misma facilidad que hacen su impresión.

—¡ Ah! señor, le contestó Julio, dichosos los que gozan de una vida tan dulce, dichosos los que en ella no han probado como yo la copa del infortunio!

—Amigo, mucho debe perseguir á vd. la suerte, supuesto que se queja tanto, sin embargo de que es también la edad en que la imaginación pinta las cosas con los colores más vivos; pero deseche vd. tales ideas y déjese de cuentos: hablemos algo de los asuntos del día: ¿qué sabe vd. de noticias?

—Yo, señor, no sé nada, le respondió Julio.

—¿Cómo! vd. que viene de partes donde se hace la guerra y se agitan esas cuestiones de si es ó no injusto lo que nuestra santa inquisición ha hecho con los revoltosos, excomulgándolos, nada sabe! ¡vaya!

—Señor, positivamente que nada sé, le dijo Julio.

—Pues un coronel que estuvo aquí de paso, nos dijo que las cosas iban muy bien; que la causa del rey nuestro señor, que Dios guarde, y que él defiende, va perfectamente; que iba á dejar en seguridad á una sobrinita suya que traía consigo, y volvía á reunirse con la tropa que está á su cargo, la cual hacía muchos progresos.

—¿Cómo! le dijo Julio, ¿vd. sabe cuál es el nombre de ese coronel?

—No, sólo sé que se dirigió esta misma tarde al pueblo de San Lorenzo, que está muy poco distante de aquí, y que debe volver según nos ofreció.

—¿Y sabe vd. dónde está la tropa que manda?

—Sí, no muy lejos de este lugar, en Santa Clara de Lerma.

—Pues amigo, yo doy á vds. muchas gracias por su alojamiento y buena disposición para recibirme en él; vengo en busca del coronel de quien vd. me habla, y me es indispensable irme al momento para alcanzarlo.

—No, ¡cómo! ¡imposible! vd. no se va de aquí de noche, con tanto frío y sin haber descansado lo suficiente para emprender otra marcha; cenará vd., se acostará y mañana, queriéndolo Dios, vd. se irá á buscarlo, ó lo esperará si le parece hasta que vuelva.

—No, amigo, es fuerza que me vaya; el asunto que tengo con él es de importancia, y no puedo diferirlo un momento.

—Ya supongo que será una noticia relativa al estado que guardan las cosas en su ausencia, ó querrá vd. incorporarse entre sus tropas; pero estos son asuntos que pueden sufrir alguna demora; vamos, no sea vd. porfiado y hónrenos una noche siquiera con su buena compañía.

—Señor, ¡válgame Dios! ojalá vd. supiera lo que me cuesta cada instante que pasa, vd. me dejaría ir y aprobaría mi marcha tan precipitada.

—Pues yo, amigo, no he de dejar que vd. se vaya sin que mi hijo lo sepa, que él tenga conocimiento del negocio... y veremos.

—Se lo diré á vd. de una vez. La sobrinita que él va á poner en seguro, es una joven que ha robado del seno de su familia anoche mismo; vengo encargado de buscarla y de llevarla inmediatamente á Lerma. Vd. me dirá ahora si es negocio que debo dejar para mañana.

—¡Oh! si yo lo hubiera sabido antes, ¿cómo se había de haber escapado ese bribón? ¡Vaya qué poco decoro! ¡quitarle así el buen nombre á la tropa del rey! Y bien, ¿cómo estuvo ése raptó? qué sucedió? dígame usted.

—Que al salir ella de su casa la arrebató.

—¿Y tenían antes sus relaciones amorosas?

—No lo sé.

—¡ Conque además, se la ha traído á fuerza ! ; Oh, pobre familia ! Estará inconsolable.

—Conque señor.....

—¿ Y es la joven de buen nacimiento?.... es decir.....

—Ya es tarde, D. Antonio, y el tiempo vuela sin provecho.

—¡ Con razón venía la pobre muchacha llorando y.....

—Por último, señor, me voy.

—Pero, explíqueme vd. . . .

—Cuando esté de vuelta lo haré todo, le contestó Julio; y sin aguardar más preguntas se fué en busca de su caballo para irse al momento. Salió de allí desesperado por la tardanza que le había causado la curiosidad imprudente de D. Antonio, y tomó el camino de San Lorenzo. Había caminado como dos ó tres horas en medio de mil precipicios y malezas, y al dar vuelta para tomar otra vereda, distingue unos bultos; quiere pararse para examinar mejor; pero se figura que si se detiene, y tal vez sin fruto, malogra unos instantes tan preciosos; por fin, después de un rato de incertidumbre se decide á acercarse á los objetos que habían llamado su atención; llega á donde estaban, saluda á un hombre que permanece parado muy envuelto, y le pregunta qué dirección ha de tomar para ir á San Lorenzo. El que estaba en pie le res-

ponde; y al momento conoce Julio que la voz era de Robles. Había efectivamente tomado la dirección de San Lorenzo, como le había dicho D. Antonio; pero Angela no había podido proseguir á causa del desfallecimiento que le había ocasionado el cansancio unido á su aflixión.

—Vd. es Robles, le dice Julio sorprendido.

—Un servidor de vd., le contestó Robles.

—¿ Dónde está Angela?

—¡ Ah! tú eres Julio, zaragate, dice Robles lleno de cólera sacando su espada.

—Soy Julio, en efecto, pero tengo que hablar á vd. de un asunto de importancia, y le suplico que se calme un instante.

—¡ Muere, bribón, muere! le dice Robles sin atender á lo que Julio decía, y tirándole fuertes golpes con su espada. Julio había retrocedido un poco y sacado la suya para defenderse, y apenas había comenzado el combate, cuando Angela, que estaba descansando á poca distancia de ellos, vuela sin tardanza gritándole á Julio y se interpone entre los dos. Desgraciadamente Robles, ciego de furor, tira un tajo con la espada á Julio y da sobre el cuerpo de Angela, que cayó al momento en el suelo bañada en sangre.

Julio, luego que la ve caer, dice á Robles:—¡ Parricida ! ; has muerto á tu hija!

